

**VISION ANGUSTIADA Y
GROTESCA EN
EL LUGAR SIN LIMITES,
DE JOSE DONOSO**

EDWIN SALAS ZAMORA

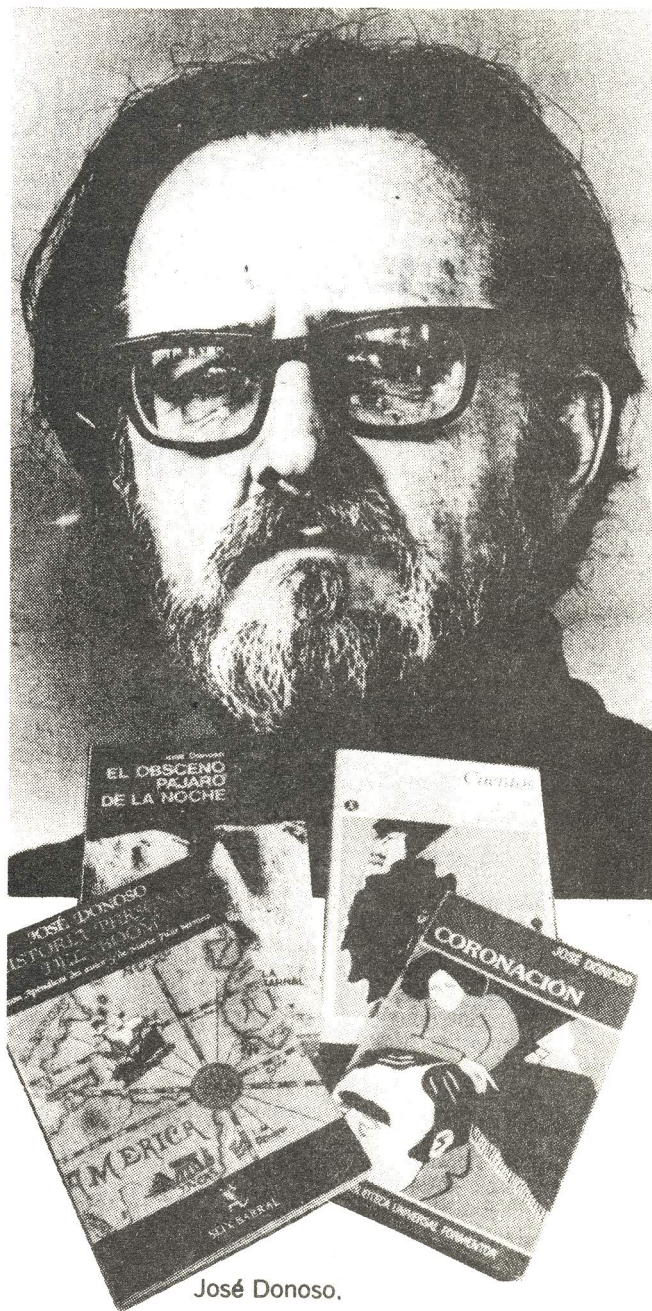
AMBIENTE SOCIAL Y PERSONAJES

Es tan fuerte el conflicto personal vivido por la Manuela que el aspecto social pareciera desempeñar la función de un telón de fondo en el relato. Pero el análisis muestra que no es así, y que más bien la problemática social es la que origina buena parte de los conflictos personales.

Si bien el relato empieza con la presentación de la Manuela, como personaje central, pronto aparece don Alejo, dueño absoluto del espacio físico en que se dan los hechos, y dominador también absoluto de las conductas sociales que se desarrollan en ese medio social. La brevedad con que son tratados en la novela los aspectos económicos y políticos no le quita fuerza a los mismos, sino más bien se la aumenta debido al estilo condensando en que se presentan. Queda claro, por ejemplo, que el pueblito La Estación el Olivo es un apéndice del fundo vinatero, propiedad de don Alejandro Cruz. El pueblo surgió por las necesidades de recolección y comercialización de los productos del fundo. El terrateniente sigue exigiendo en aquél los privilegios que siempre tuvo sobre su propiedad. De aquí se deriva la dependencia total de los habitantes con respecto del terrateniente. Y de este modo se explica la presencia amenazadora de él a lo largo de toda la novela. A la manera de los encomendaderos, don Alejo anda acompañado de cuatro perros feroces para afirmar su autoridad y atemorizar a sus dependientes. Los perros simbolizan la presencia amenazante del poder. Poder violento, animal, en el que persiste la actitud del encomendero hacia el indígena. El uso de los perros caracteriza el menosprecio del latifundista por los que no son como él. Su fina figura y sus modales reposados contrastan con esa forma cruel de amenazar a los débiles, como si fueran animales. Los perros además, son los guardianes de sus posesiones, y cuando don Alejandro duerme, se encargan con sus ladridos de recordarle al pueblo la presencia perenne de su poder. Los ladridos de los perros configuran un clima de inquietud a lo largo de toda la novela.

Los demás personajes son conscientes de ese poder de don Alejo y tratan de sacar provecho a su manera. Este es el caso de la Manuela, quien admira la riqueza y la bondad del terrateniente:

"La Manuela se detuvo en la esquina para contem-



José Donoso.

plaras un instante. Viñas y viñas y más viñas por todos lados hasta donde alcanzaba la vista, hasta la cordillera. Tal vez no fueran todas de don Alejandro. Si no eran tuyas, eran de sus parientes, hermanos y cuñados, primos a lo sumo. Todos Cruz. El varillaje de las viñas convergía hasta las casas del fundo El Olivo, rodeadas de un parque no muy grande pero parque al fin, y por la aglomeración de herrerías, lecherías, tonelerías, galpones y bodegas de don Alejo. La Manuela suspiró. Tanta plata. Y tanto poder: don Alejo, cuando heredó hace más de medio siglo, hizo construir la Estación El Olivo para que el tren se detuviera allí mismo y se llevara sus productos. Y tan bueno don Alejo. ¿Qué sería de la gente de la Estación sin él?"¹.

El título de la novela bien podría referirse al poder sin límite que muestra, en todo momento, el dominio de don Alejo sobre todo lo que pasa en El Olivo, y como alusión a sus posesiones, que llegan hasta donde alcanza la vista.

Don Alejo castiga y premia. Es la típica figura paternal del latifundista. La Manuela lo compara con "tática" Dios.

Según Fernando Moreno Turner, la caracterización de don Alejo contiene una parodia del Dios creador, con la respectiva rebelión de Luzbel simbolizada en Pancho Vega, donde la versión del mito no es idéntica. No es una lucha entre el bien y el mal. Se trata de un cielo al revés, como se da el caso en **El Señor Presidente**. A este respecto, el crítico recuerda el epígrafe con que se inicia **El lugar sin límites**, que establece una relación temática con **La trágica historia del doctor Fausto**, de Marlowe².

En este sentido, los designios de don Alejo de hacer desaparecer el pueblo parecieran ser una parodia del diluvio bíblico que Dios, arrepentido de su creación, envió sobre la tierra. Solamente que don Alejo es un dios salido directamente de la época colonial de América Latina. Al igual que el encomendadero, el terrateniente sigue velando también por la vida espiritual de sus subordinados. Por eso les exige asistir a misa de igual modo que les exigirá sus deberes de peones.

Es tal el dominio de don Alejo que no tiene conflictos con sus peones. La novela no alude a ningún enfrentamiento con un sector social que está prácticamente ausente del relato, y que sólo es aludido a propósito de una vieja campaña política de don Alejo para ser electo senador. Irónicamente, la campaña se organiza en el prostíbulo, bajo la dirección de la Japonesa Grande. El triunfo se celebró con una gran fiesta en el prostíbulo, hecho mal visto por las mujeres pero tolerado por respeto a don Alejandro Cruz: "... porque se trataba de una fiesta en honor del señor y porque cualquier cosa que se relacionara con el señor era buena, por esta vez no dijeron nada". (pág. 64).

El poder de don Alejo tiene la virtud de liberar lo prohibido y de convertir lo malo en bueno a la vista de las

mujeres. Poco después se hace notorio cómo ellas se comportan así por necesidad económica:

"Claro que hoy no tenía importancia que se emborracharan. Esta vez la causa era buena. Que se estuvieran cerca de don Alejandro, eso era lo importante, que él los viera en su celebración, que de pasada y como quien no quiere la cosa le recordaran el asunto del terrenito, y de esa partida de vino que prometió venderles con descuento, sí, que cantaran juntos, que bailaran, que hicieran las mil y más, hoy no importaba con tal que las hicieran con el señor". (pág. 65).

La relación de don Alejo con el prostíbulo entra en contradicción con su pretendida religiosidad. El contraste constituye una ironía, como asimismo es irónica la protección que él brinda a la Manuela. Todo esto se engloba en lo que Hernán Vidal llama la sátira de un medio social tradicional. Según él, **El lugar sin límites** constituye una burla a la tradición histórica chilena, magnificada por el criollismo: tradición de machismo vista aquí al revés pero no del todo ausente, pues sobre esos elementos del criollismo es que Donoso construye su visión satírica del mundo. A esto contribuye el predominio de los hechos cotidianos y la ausencia del heroísmo y de personajes heroicos en la novela:

"En este tono menor y en el confinamiento de estas escenas a espacios cerrados —especialmente el de la bajeza del prostíbulo— se elimina el machismo y el sentido épico del criollismo que en las novelas ejemplares de la narrativa hispanoamericana de las primeras décadas del siglo buscó el conocimiento de los aspectos representativos de lo americano en la epopeya a espacio abierto"³.

Es evidente que se está satirizando una concepción estereotipada del campo, concebido como rudo e incontaminado, mito celebrado en las obras del criollismo anterior. **El lugar sin límites** representa, de este modo, la desacralización de ese mito y de la literatura que lo difunde. Esto plantea una inversión de valores culturales, y desencadena una serie de otras inversiones: religiosas, morales, sexuales, etc. Según Moreno Turner:

"El aspecto de la inversión se encuentra expuesto a lo largo de toda la novela e incluye desde la caracterización de los personajes y su configuración como entes ficticios, hasta pequeñas actitudes y detalles del lenguaje..."⁴.

No por eso deja de ser absoluto el dominio de don Alejo sobre ese medio humano. La necesidad que él tiene de seguir ejerciendo su autoridad incluso sobre los hijos de los peones, aun cuando aquéllos no están a su servicio, es lo que genera un conflicto con Pancho Vega. Este, hijo de un inquilino, ha desertado del fundo para vivir su propia vida. Pero tiene una deuda con don Alejo y no puede independizarse de él. La ilusión de Pancho es comprar una casa para su familia, trabajar por su cuenta, no tener deudas. Pero ninguna de esas cosas puede hacer. Quizá por esto, adopta

una actitud de bohemio y don Juan, de hombre sin escrúpulos morales, todo ello para compensar su frustración y su impotencia frente a don Alejo. Ya Pancho se había rebelado una vez, al irse de la casa de sus patronos donde era casi un hijo adoptivo. Luego vuelve a depender de don Alejo al prestarle éste un dinero para comprar el camión. Esta segunda dependencia es la que lo aprisiona y, quizá por ello, canaliza sus deseos de venganza y su agresividad hacia el prostíbulo, objeto protegido por don Alejo. Este le ha advertido a Pancho que no se acerque siquiera y que no moleste a la Manuela. Se podría pensar que el deseo de ejecutar una transgresión: vengarse de la opresión de don Alejo, quien fue casi su padre, lo lleva a realizar otra transgresión: poseer a la Manuela. De hecho, cuando su cuñado le ayuda a cancelar la deuda con don Alejo, es cuando Pancho viene a descargar toda su brutalidad en el prostíbulo, todo lo cual concluye con la muerte de la Manuela, al no poder éste acudir a la protección del terrateniente, quien confió demasiado en la advertencia que le había hecho a Pancho. La Manuela es literalmente víctima del horror que aquél tiene de aparecer como homosexual ante su cuñado Octavio, quien presencia las carantoñas de la Manuela; pero en el fondo éste es víctima de las frustraciones de Pancho y de su impotencia frente a don Alejo. Según Nelly Martínez, la lucha de Pancho no es tanto por liquidar a la Manuela cuanto por aniquilar su propia tendencia al homosexualismo ⁵.

Pancho es representante del "macho bruto", cuya virilidad nadie pondría en duda. El mismo presume de su virilidad, al proclamar que intenta poseer a la Japonesita y a la Manuela. Esto queda en el ambiente como una amenaza de agresión, como un castigo, y por ello la virilidad de Pancho no se ve amenazada. Todo se interpreta como broma, como exageración. Cualquiera duda se conjura con la risa. No obstante, la Manuela sí está seguro de que Pancho siente atracción por él: "Cuando me sujetó con los otros hombres me dio sus buenos agarrones, bien intencionados, no va a darse cuenta una con lo diabla y lo vieja que es". (pág. 26).

Severo Sarduy ve en esta atracción que la Manuela ejerce sobre Pancho, una de las tantas inversiones que se desarrollan en la novela: el prototipo del "macho" atraído por un homosexual ⁶.

Pancho reivindica su imagen varonil ante su cuñado, al matar a Manuela, pero la violencia de esa muerte es un sustituto sádico del deseo, una destrucción que se confunde con posesión del objeto destruido: acción en la que se confunden el acusado y el juez y se lanzan a una venganza plena de ambigüedad sobre qué es realmente lo que se busca con ella:

"...se lanzaron sobre él y lo patearon y le pegaron y lo retorcieron, jadeando sobre él, los cuerpos calientes retorciéndose sobre la Manuela que ya no podía ni gritar, los cuerpos pesados, rígidos, los tres una sola masa viscosa retorciéndose como un animal fantástico de tres cabezas y múltiples extremidades heridas e hirientes, unidos los tres por el vómito y el calor y el dolor en el pasto, buscando quién es el culpable, cas-

tigándolo, castigándola, castigándose deleitados hasta en el fondo de la confusión dolorosa...". (págs. 132-133).

La actitud de don Alejo Cruz frente a la Manuela es de simpatía, de protección. Esa actitud se deriva en primer término de las relaciones que don Alejo tenía con la Japonesa Grande, y que lo atan sentimentalmente a la Japonesita y por ende a la Manuela. En un segundo término, la simpatía de don Alejo se deriva de la inocuidad de la Manuela para los intereses patronales, pues a diferencia de Pancho o de otros personajes, la Manuela es incapaz de causarle al terrateniente ninguna molestia, y más bien coopera con él aunque sea inconscientemente, por ejemplo, en la compra del prostíbulo que don Alejo pretende. Además, la Manuela admira a don Alejo y se pone de parte de éste en el asunto de la deuda de Pancho. La Manuela intenta agradar a los caballeros, como muy bien lo dice, y don Alejo es identificado como caballero pero oposición con los "rotos", entre los que la Manuela incluye a Pancho Vega. Don Alejo simboliza una serie de aspiraciones que tiene la Manuela: riqueza, lujo, comodidades, cortesía, etc. Por ello la Manuela admira tanto a don Alejo.

Hay también una curiosa simpatía de don Alejo por la Manuela, simpatía que está en el ambiente social de El Olivo, sobre todo entre la gente que frecuenta los prostíbulos. Hay que notar que la Manuela tiene carrera como bailarina en otros prostíbulos, lo cual indica que hay costumbre en ese ambiente social para aceptar a las "locas". Desde este punto de vista, es explicable la simpatía de don Alejo por la Manuela, por la alegría que éste lleva a las fiestas. Queda descartada, por supuesto, la existencia de una atracción que la Manuela pueda ejercer sobre don Alejo. Aquél lo supone en algún momento, pero inmediatamente desecha tal posibilidad.

Para la Manuela bien puede separarse el rol de figura central del relato. El mundo novelesco es presentado en gran medida a través de su percepción. El es una "loca", como no tiene empacho en definirse, un homosexual con aspiraciones de bailarina española de flamenco. Procedente de la ciudad, la Manuela está de paso en el prostíbulo de ese pueblo pequeño y olvidado. Su aspiración es triunfar como bailarina, ser aplaudido, agradar a los hombres, por quienes experimenta una irresistible atracción. Pero ha envejecido en el prostíbulo, el cual no se decide a abandonar quién sabe por qué secretos temores ante la vida. Es evidente que, desde el punto de vista de sus aspiraciones, el haber aceptado ser socio del prostíbulo constituyó una verdadera trampa para él. Después no se atreve a abandonar el negocio y perder su parte, aunque es claro que anhela irse. La Manuela aparece viejo y achacoso, pero aún así no se deja vencer por el aburrimiento y sigue alimentando ilusiones. Se entretiene conversando con las prostitutas, visitando a una amiga y planeando conquistar a un hombre: Pancho Vega. Los sentimientos de la Manuela por Pancho Vega son ambiguos, contienen a su vez temor y deseo. La Manuela se horroriza porque Pancho ha regresado al pueblo; pero ese mismo hecho la impulsa a remendar su vestido de bailarina, lo cual signifi-



ca que desea bailar ante él, a pesar de considerarlo un "macho bruto" y abusivo. La Manuela sabe o sospecha que bajo esa apariencia de hombría se esconden otros sentimientos y esos son los que él intenta explorar. Públicamente, él manifiesta su temor por Pancho, esto lo hace ante su hija la Japonesita, ante las prostitutas y ante don Alejo, a quien pide protección. Su temor es externo, público; pero en su pensamiento anida el deseo y se atizan las brasas de su pasión homosexual.

La Manuela vive a fondo su condición de "loca". No se avergüenza ni se preocupa por lo que puedan pensar o decir los demás. Se podría afirmar que hay un buen grado de autenticidad en su actitud. La Manuela se acepta tal como es, cosa que no acepta su hija, quien sigue experimentando una cierta vergüenza de tener un padre homosexual. La Manuela, en cambio, sufre hondamente cuando su hija lo llama papá y le recuerda con ello no sólo su condición de hombre, sino la trampa de haber ejercido como varón. El no se ve como hombre, y su realidad de varón con el nombre de Manuel González Astica constituye una amenaza para lo

que él sueña con ser: la gran Manuela. Esa tragedia íntima lo hace vivir una vida inauténtica, en un medio social que no lo favorece, y que tampoco lo acepta dentro de sus cánones de hombría, como se puede ver al final cuando le dan muerte los dos perseguidores.

La Manuela es víctima de los valores machistas de un medio social; pero logra poner en evidencia que muchas veces ese machismo y esa brutalidad son una careta que esconde otra realidad, algo a lo que se le teme tanto que se le conjura con la muerte. Dice la Manuela refiriéndose a Pancho: "Tanto hablar contra las pobres locas y nada que les hacemos. . . y cuando me sujetó con los otros hombres me dio sus buenos apretones, bien intencionados, no va a darse cuenta una con lo diabla y lo vieja que es". (pág. 26).

La Manuela se queja de la violencia con que los hombres conjuran el temor de ser homosexuales; pero el texto también pone de manifiesto otro tipo de mecanismo protector: la risa, el chiste, la ironía. Los varones del fundo gustan de reírse y hacer chistes sobre la condición de la Manuela. Don Alejo le recuerda en broma a la Manuela que Pancho lo anda buscando, y en la fiesta en honor a don Alejo, éste invita a Manuela a bailar y le da otras bromas. La Manuela a veces se pregunta si don Alejo sentirá atracción por él. Con respecto a Pancho Vega, éste bromea con la señorita Lila sobre su amor por la Manuela. En la fiesta de don Alejo, los hombres deciden echar al agua a la Manuela. Este comenta: "No sé por qué siempre me hacen esto o algo parecido cuando bailo, es como si me tuvieran miedo, no sé por qué, siendo que saben que una es loca, menos mal que ahora me metieron al agua nomás, otras veces es mucho peor. . .". (pág. 84).

La Manuela logra poner en evidencia los sentimientos homosexuales del más viril, Pancho Vega. Esto le cuesta la muerte, con la cual aquél quiere borrar ante su cuñado cualquier sospecha sobre su virilidad.

Desde el punto de vista novelesco, la Manuela es un personaje puesto en un medio social en el que hace surgir la crisis sobre un aspecto tabú de las zonas rurales hispanoamericanas. Donoso logra con este personaje ahondar en un medio social tradicionalmente reservado a la hazaña varonil con sus numerosas variaciones tal como las consagró la novela criollista. La Manuela le permite sacar a luz una problemática insospechada en el medio rural, y con ello alcanzar un buen grado de originalidad en su novela.

El desplazamiento de su novelística hacia un espacio rural, y la configuración del terrateniente todopoderoso no significan, sin embargo una preocupación del novelista por hacer un enfoque social de ese ambiente. Sí es un enfoque social de mentalidad colectiva, como lo ha interpretado Hernán Vidal ⁷, pero elaborado más profundamente al nivel individual del personaje.

La Manuela es símbolo de una búsqueda de autenticidad. Su vida se frustra por vivir en un medio hostil a sus anhelos. Pero es que la Manuela sólo en ese medio podía

individualizarse y llegar a la dimensión humana que adquiere. En un medio urbano quizá no se pondría tan de manifiesto esa distancia que va de la intimidad a la apariencia en las personas, distancia que la Manuela contribuye a dilucidar.

La Manuela cambia su libertad y su futuro por una apariencia de seguridad. Cuando le proponen el negocio, él cabila así:

"Propietaria, una. Nadie va a poder echarme, y si es cierto que el pueblo éste se va a ir para arriba, entonces, claro, la vida no era tan mala, y hay esperanza hasta para una loca fea como yo, y entonces la desgracia no era desgracia sino que podía transformarse en una maravilla gracias a don Alejo, que me promete que las cosas pueden ser maravillosas, cantar y reírse y bailar en la luz todas las noches, para siempre". (pág. 88).

Cuando sobrevienen la vejez y el desengaño, anhela irse pero no se atreve. ¿No es esa la situación del ser humano en muchos casos? La Manuela podría ser particularmente una metáfora de la situación de ese ser humano, encerrado en sus compromisos y sus ilusiones frustradas, y expuesto al escarnio y hasta a la muerte, si se atreve a mostrarse a los demás tal cual es en su realidad profunda.

La Manuela es víctima del horror de Pancho de aparecer como homosexual ante su cuñado, pero también víctima de las frustraciones de aquél y de la impotencia frente al todopoderoso terrateniente.

Se patentizan de este modo dos formas de frustración: la de la Manuela en su deseo de ser mujer y la de Pancho en su deseo de independizarse. Todavía se da otra forma más: la frustración de la Japonesita por ser como es: fea, poco femenina, aburrida, y por no poder mejorar el prostíbulo con una "Wurlitzer" debido a la falta de electricidad en el pueblo. La Japonesita es caracterizada por la Manuela como un ser anormal: "De repente, en invierno sobre todo, cuando le daba tanto frío a la pobre y no dejaba de tiritar desde la vendimia hasta la poda, empezaba a decir que le gustaría casarse y tener hijos. ¡Hijos! Pero si con sus dieciocho años bien cumplidos ni la regla le llegaba todavía. Era un fenómeno". (pág. 24-25).

Hija de un homosexual y de la dueña del prostíbulo, la Japonesita se dedica al negocio de la prostitución por hábito, porque hereda el prostíbulo y sigue en él. Según la Manuela, la Japonesita no puede ser prostituta aunque quisiera, por lo flaca y poco atractiva. Pero es ahorrativa, casi avara. Todo el dinero que gana lo guarda en el banco, y no desea gastar ni para las necesidades mínimas de la casa. Sin anhelos de mujer, la Japonesita se va sumiendo en una rutina que la envejece. Hay un momento en que la Manuela logra entusiasmarla y se decide a dejarse poseer por Pancho Vega, pero tampoco se le cumple ese deseo. Lo único que logra entusiasmarla es la ilusión de la Wurlitzer para mejorar el establecimiento, pero como ni aun eso es posible por estar

de por medio don Alejo, la Japonesita se prepara a permanecer con su prostíbulo en ese pueblo olvidado y polvoriento, a punto de ser tragado por las viñas de don Alejandro Cruz. La Japonesita es el prototipo del ser meramente circunstancial. No desea cambiar; más bien admira a flor Céspedes, peón del latifundista, por su absoluta resignación y falta de anhelos. Es un personaje desilusionado, que vive como por inercia. No tiene interés en mirar más allá del prostíbulo, y lo único que se le ocurre es lamentarse porque los tiempos ya no son como cuando estaba la Japonesa Grande. La Japonesita y don Céspedes son producto casi directo del tipo de ambiente degradado: la decadencia del prostíbulo en uno y la desolación del pueblo en el otro. Al final, la Japonesita piensa que no quiere irse de El Olivo:

"Aunque viniera cada vez menos gente, todo concluyéndose. Las cosas que terminan dan paz y las cosas que no cambian comienzan a concluirse, están siempre concluyéndose. Lo terrible es la esperanza. Voy a ir a Talca como todos los lunes a depositar en el Banco y voy a volver después del almuerzo con las compras para la semana, lo de siempre, azúcar, mate, fideos, sal, ají de color, lo de siempre". (pág. 137).

Los personajes de **El lugar sin límites** sufren una gran soledad. Ya se ha visto en el caso de la Manuela, y sobre todo en el de la Japonesita, Pancho Vega también padece la soledad, como los otros hombres que vienen al prostíbulo a buscar compañía. Ludovinia es una mujer sola también. Ella renunció para siempre a la compañía, en el momento en que decidió echar sus anteojos junto al féretro de su marido para quedar casi ciega y no fijarse nunca más en los hombres. Esa soledad existencial de los personajes se complementa con la soledad física y el aislamiento de Estación El Olivo, un pueblo prácticamente abandonado y a punto de desaparecer definitivamente⁸. Dice Pancho cuando llega al prostíbulo y no logra divertirse: "Quiero reír. No puede ser todo así tan triste, este pueblo que don Alejo va a echar abajo y que va a arar, rodeado de las viñas que van a tragárselo. . .". (pág. 123).

Ese olvido total es el que teme profundamente la Manuela, que quiere hacerse famoso: la gran Manuela, para superar el destino común de los otros personajes, no parecer definitivamente. La Manuela y Pancho Vega en el fondo se parecen: no aceptan ser como los demás quieren que ellos sean. Esto es lo que empuja a Manuela a superar el aburrimiento y sobreponerse a la vejez y las enfermedades: "vieja estaría, pero se iba a morir cantando y con las plumas puestas". (pág. 14).

Entre todos esos personajes, llama la atención Octavio, el cuñado de Pancho Vega. Octavio no parece sufrir la opresión y la soledad. De hecho, él no pertenece al ambiente de El Olivo, y su condición de foráneo le permite juzgar con cierta claridad las intenciones de don Alejandro Cruz con respecto del pueblo. Le dice a Pancho: "Que no fuera idiota, que se diera cuenta de que el viejo jamás se había preocupado de la electricidad del pueblo, que era puro cuento, que al contrario, ahora le convenía que el pueblo no se electrificara jamás". (pág. 100).

Octavio queda fuera del ambiente social dominado por don Alejo. Ejerce una actividad que no se relaciona con el fundo: el negocio de la gasolina. Al casarse con la hermana de Octavio, Pancho Vega participa en alguna medida de esa situación independiente, y ello explica de algún modo su actitud rebelde frente a don Alejo. Pero Pancho teme, no es como Octavio, que se atreve a enfrentarse al todopoderoso latifundista, sin miedo a sufrir represalias. La actitud de Octavio frente a don Alejo contribuye a rescatar definitivamente a Pancho de la dependencia económica y hasta sentimental frente a don Alejo.

Pero Octavio tampoco se salva del ambiente pasional que predomina en el solitario Olivo y termina asemejándose a Pancho al compartir con éste los sentimientos de violencia y miedo frente a la Manuela, a quien él contribuye a matar. En apariencia, Octavio mata por salvar a su cuñado de la infamia de ser tachado de homosexual; pero al detallar la muerte de la Manuela, el narrador sugiere la misma ambigüedad de sentimiento en Octavio que en Pancho. En todo caso, al no querer que se manchara el nombre de su cuñado, Octavio estaba defendiendo su propio buen nombre que también se vería menoscabado.

ORGANIZACION DE LOS ACONTECIMIENTOS

El desarrollo de los acontecimientos en *El lugar sin límites* no presenta ninguna complejidad. Hay una línea básica de hechos que se organizan alrededor de la Manuela, y pocas veces se abandona ese hilo de acción para presentar otros aspectos del relato. Esa línea básica se desarrolla en un presente de la narración, desde "cinco para las diez" de la mañana de un domingo hasta las cinco de la mañana del lunes. Ese lapso temporal está totalmente dominado por la actitud de espera de la Manuela con respecto de Pancho Vega. Actitud ambigua de temor y de zozobra pero también de deseo y esperanza. Esto crea un clima de inquietud que aparece ya en la primera página de la obra y va creciendo en intensidad a lo largo del relato hasta que la Manuela aparece ataviada con su vestido de bailarina española frente a Pancho Vega, en el prostíbulo.

Esa tensión se ve interrumpida brevemente en el inicio del capítulo IV, donde se narran las ilusiones que la Japonesita tiene de que electrifiquen el pueblo, y recuerda con nostalgia los tiempos buenos de la Japonesa Grande. Luego vuelve a instaurarse el clima generado por la espera de Pancho.

Asimismo, el capítulo V trata en sus inicios de la oferta de compra de don Alejo a la Japonesita con respecto de la casa. Pero el capítulo vuelve a desembocar en la espera.

El capítulo VI y VII narran la llegada de la Manuela al pueblo cuando se da la elección de don Alejo, y estos hechos constituyen retrospectivas en relación con la historia principal; pero no producen ningún efecto especial en la narración. El capítulo VIII trata de la cancelación de la deuda que Octavio le hace a don Alejo en favor de Pancho Vega. Los dos capítulos que siguen son dedicados a la espera y

llegada de Pancho Vega al prostíbulo, y el último está dedicado a los comentarios de la Japonesita y don Céspedes sobre los perros de don Alejo. Se da, pues, un cierto contrapunto en la organización de los hechos; pero ello no marca ninguna tendencia especial en el ordenamiento de los mismos. Reviste mayor interés técnico la condensación de los hechos en un tiempo corto, concretamente en un domingo, pues esto logra crear un clima de tensión creciente que funciona como recurso de atracción para el lector. Desde ese lapso en presente se orienta la narración al pasado, principalmente, aunque también al futuro vislumbrado en varios aspectos, pero sobre todo en la espera de Pancho por la Manuela y la Japonesita, y en un plano más alejado en el tiempo, por el temor o casi seguridad de la desaparición de El Olivo por obra de don Alejo. Es curioso que en la novela *Este domingo* también se organizan los hechos en un lapso breve, correspondiente precisamente a un domingo. El día de fiesta es un día extraordinario, no común, capaz de convocar hechos no comunes, ni dominados por la rutina de la vida diaria en El Olivo. El domingo es día de celebración religiosa, pero también día de juerga, y esta doble situación facilita la reunión de los distintos personajes que van a dar el espectáculo. Pero el texto va más allá y probablemente explota otro hecho: el domingo es día del señor. Pero ya se sabe que en El Olivo el único señor es don Alejo⁹. El texto se plantea, así, como parodia, como ironía que desacraliza la cuestión religiosa, ya de por sí impugnada por las figuras de don Alejo y la Manuela, quienes manifiestan un sentido religioso grotesco, dada su situación real.

Hablábamos de una gran retrospectiva en el relato, desarrollada en los capítulos VI y VII. Los acontecimientos sucedidos en ese pasado, vistos a un nivel literal, constituyen un complemento del tiempo presente, en el que se ubi-



ca la acción, y como tales son una especie de hecho causal que permite explicarse el por qué de la situación presente. No obstante, es relativamente claro que ese pasado instaura una nostalgia en los personajes por un tiempo mejor. Tiempo de mucha clientela para el prostíbulo, tiempo de triunfo y felicidad de la Manuela. Estos son los personajes que más añoran ese pasado. Especie de Paraíso perdido que se añora desde el infierno de El Olivo, para seguir las comparaciones religiosas. Para los personajes de **El lugar sin límites** todo fue mejor y todo será peor, porque no hay posibilidad de salvación en ese medio degradado. La desaparición de El Olivo va precedida por la soledad que atenaza a los personajes que intentan permanecer ahí. Pero hay la seguridad de que la soledad futura será más cruel todavía, porque será la desaparición del pueblo, y con éste el final de todo un mundo particular de cada personaje. Según Moreno Turner, la novela parece plantear un paraíso perdido para los personajes; ellos añoran tiempos mejores. Pero en realidad nunca hubo paraíso, el infierno de ese lugar siempre fue igual y lo seguirá siendo:

"...la perspectiva de la novela (esto es, la estructura profunda de la obra, determinada por la especial configuración que entrega el hablante implícito) nos pone frente a una situación amarga y desalentadora"¹⁰.

Hay un horror al final, pero es un horror que se da como consecuencia de la incapacidad de los personajes para plantearse alternativas de vida, hecho que es más evidente en el caso de la Japonesa, aunque también en el caso de la Manuela.

Así, el tiempo pasado y el tiempo futuro, planteados con sencillez en la novela, son muy significativos a nivel temático, pues tienen la función de lanzar a los personajes hacia otros momentos no controlables de su vida, y con ello hacerles sentir más duramente el tedio y la angustia de su situación presente.

EL NARRADOR

En el modo como se da a conocer el mundo novelesco de **El lugar sin límites** hay un predominio claro del punto de vista de los distintos personajes. Es a través de los personajes como se percibe en su mayoría el mundo de la novela. También hay percepción de un narrador externo, que asemeja su lenguaje y sus valoraciones a las de los personajes del relato.

La mayoría del mundo narrado es visto por la Manuela, personaje cuya perspectiva le impone una característica peculiar a la novela, característica que se podría denominar "visión grotesca", por la mezcla encontrada de sentimientos de dolor y de humor que este personaje le imprime a todo lo que ve, y porque despierta esos sentimientos sobre su misma persona.

En la perspectiva de la Manuela, priva una visión negativa sobre las personas y las cosas que lo rodean. Visión es-

casamente compensada por los pocos momentos de ilusión y por algunos recuerdos gratos de la Japonesa y de don Alejo. Manuela encuentra desagradable el prostíbulo en que vive, debido a la suciedad y la miseria del lugar; asimismo le desagrada el pueblo por viejo y deteriorado. Desprecia a la gente por burda y mal educada, sobre todo a los campesinos y la gente de las capas bajas. Su visión negativa se extiende a las prostitutas con las que convive, a su extraña hija, la Japonesa, e incluso a su única verdadera amiga, la Ludovinia. En lo personal, Manuela se compadece de sí mismo por la vejez y la enfermedad, por su condición aborrecible de varón y por su situación actual fracasada. Por último, ve con amargura su vida anterior, su niñez triste, y le tiene horror al olvido que implica la muerte. En estas condiciones angustiosas, la Manuela debe, no obstante, divertir a la gente. Su situación se asemeja bastante a la del payaso, al protegerse detrás de una careta sonriente. Según Moreno Turner:

"A través de esta perspectiva se quiere expresar la visión de un mundo cuyas notas esenciales están constituidas por la presencia de lo sórdido y lo grotesco. Es un mundo degradado, donde los valores se han trastrócado (de allí la importancia de la inversión como norma estructurada) y donde los personajes viven una existencia vacía, sin libertad, sin caminos, sin salvación. En este mundo no existe el amor, él no forma parte de las relaciones humanas, pues este sentimiento implicaría la superación de la precariedad de la existencia: sólo cobra forma el deseo sexual, el acoplamiento, el amor pervertido"¹¹.

La Manuela contrarresta toda esa desgracia con los buenos recuerdos de su vida con la Japonesa. Asimismo opone a la miseria y la bajeza la figura esplendorosa de don Alejo, un auténtico caballero, símbolo de los anhelos de la Manuela. Dentro de los pocos momentos gratos, cuenta con su ilusión de propietario del prostíbulo, ilusión que lo hizo caer en la trampa de engendrar una hija y quedar atado para siempre en la Estación El Olivo.

Esas cosas puede que no le sirvan en realidad como paliativo. Pero hay dos aspectos en su vida que definitivamente lo transforman en lo que realmente él quería ser: uno es el considerarse como mujer y el otro es el anhelo de triunfar como bailarina. La Manuela se ve como mujer, y sufre mucho cuando alguien le recuerda su condición de hombre. Al calor de la fiesta, Manuela se siente niña, chiquilla inexperta; así se lo dice a Pancho Vega en el prostíbulo. Véase lo irónico de esta declaración:

"...me engañaron para que me quedara aquí diciéndome que la Japonesa es hija mía, y tú ves, qué hija voy a tener yo, cuando somos casi de la misma edad la Japonesa y yo, dos chiquillas". (pág. 128).

Sobre su condición de mujer, la Manuela piensa lo siguiente refiriéndose a la muerte:

"Pero la pelada era mujer como ella y como la Lu-do, y entre mujeres una siempre se las puede arreglar.

Con algunas mujeres por lo menos, como la Ludo, que siempre la había tratado así, sin ambigüedad, como debía ser". (pág. 24).

El otro aspecto que entusiasma a la Manuela es su deseo de triunfar como bailarina. Alegrear el ambiente, hacer reír a la gente y ser aplaudida. Como ella misma siente:

"Vieja estaría pero se iba a morir cantando y con las plumas puestas. . .".

Si la fiesta se componía, y le rogaban un poquito, no le costaba nada ponerse las plumas aunque pareciera un espantapájaros y nada tuvieran que ver con su número de baile español. Para que la gente se riera, nada más, y la risa me envuelve y me acaricia y los aplausos y las felicitaciones y las luces, venga a tomar con nosotros mijita, lo que quiera, lo que quiera para que nos baile otra vez". (págs. 14, 15).

El deseo de triunfar como bailarina va asociado al deseo de la Manuela de agradar a los hombres. Esto se pone de manifiesto en su relación con Pancho, a quien Manuela teme y desea. Y Manuela sabe que Pancho quiere verla bailar porque en realidad lo que quiere es poseerla. Así piensa Manuela sobre las amenazas de Pancho Vega:

"Me dan unas ganas de ponerme el vestido delante de él para ver lo que hace. Ahora, si estuviera aquí en el pueblo, por ejemplo. Salir a la calle con el vestido puesto y flores detrás de la oreja y pintada como mona, y que en la calle me digan adiós Manuela, por Dios que va elegante mijita, quiere que la acompañe. . . Triunfando, una". (pág. 26).

La idea de que es mujer cala tan hondo en la Manuela, que el personaje no actúa como mujer sólo en relación con el sexo, sino que su conducta en general se orienta de acuerdo con los rasgos femeninos. Manuela piensa como mujer, y narra como mujer. Esto último es lo que más nos interesa en estas páginas: la visión femenina que Manuela tiene del mundo. En los capítulos iniciales de la novela, donde es más frecuente el punto de vista de este personaje, la narración de los hechos adquiere la configuración del chisme o de la habladuría callejera: son una especie de mezcolanza que se asemeja a la conversación liviana entre gente chismosa donde se habla con brevedad de un sinnúmero de hechos, sentimientos, personajes. Por eso solamente quedan aludidos esos aspectos de la vida de los personajes, todo ello con una brevedad y claridad notoria. Parece tratarse de un recurso para reproducir la forma de ser y pensar de la Manuela en el aspecto narrativo de la novela. Los capítulos I y II son típicos en ese sentido. La abundancia de temas tratados le da al relato una impresión de velocidad por el hecho de que en pocas líneas se despachan muchos asuntos.

Asimismo el carácter de la Manuela, esa ambigüedad que el personaje genera sobre los demás personajes, le imprime a la narración un tono de burla, de doble sentido, que impregna todo lo relacionado con él. Pareciera que el mis-

mo personaje no está seguro sobre lo que siente por los otros: deseo, temor o sólo admiración. Por ello las valoraciones que la Manuela emite sobre los otros son a menudo contradictorias, y ponen de manifiesto una cierta inestabilidad del personaje en el aspecto sentimental. Esto impregna al relato de esa especie de liviandad, de sentimientos expresados a medias, de frases inconclusas y puntos suspensivos, todo lo cual influye en la configuración del mundo novelesco. De este modo, la narración se ve influida por el personaje, al depender de su perspectiva, y hay que recordar que gran parte de la novela se presenta desde el punto de vista de la Manuela.

La manera en que los otros personajes ven el mundo novelesco difiere de la forma en que es visto por la Manuela debido a que esos personajes tienen una visión menos oscilante, más definida, menos ambigua que la de la Manuela. No obstante, esas visiones se asemejan entre sí, y con la de la Manuela por su carácter negativo sobre los personajes y objetos del mundo narrado. Este es el caso de la Japonesita, quien sólo encuentra frío, aburrimiento y rutina en todo lo que hace. A pesar de vivir del prostíbulo, aborrece el perenne olor a vino en los hombres. Asimismo sufre por la condición de homosexual de su padre. Ve destruida su ilusión de que haya electricidad en el pueblo para mejorar el prostíbulo con un aparato de música moderno: el Wurlitzer. Aborrece el pueblo en decadencia, pero la costumbre, la vida rutinaria no la deja trasladarse a otro. Al final de la novela, reafirma su decisión de permanecer en el pueblo y seguir su vida rutinaria.

". . .yo me quedo aquí, aquí donde estoy. Aunque viniera cada vez menos gente, todo concluyéndose. Las cosas que terminan dan paz y las cosas que no cambian comienzan a concluirse, están siempre concluyéndose. Lo terrible es la esperanza. Voy a ir a Talca como todos los lunes a depositar en el Banco. Y voy a volver después del almuerzo con las compras para la semana, lo de siempre, azúcar, mate, fideos, sal, ají de color, lo de siempre". (pág. 137).

Ella adopta la forma de ser de don Céspedes, a quien envidia. La total ausencia de ilusiones, una existencia casi vegetativa. Este punto de vista impregna al relato de un carácter de soledad y frustración que se venía dando ya desde la perspectiva de la Manuela.

El único personaje que es capaz de generar conflictos en la Estación El Olivo es Pancho Vega; pero su visión de la vida no difiere mucho de la de los demás. Es también una visión negativa sobre todo lo que le rodea. Recuerdos nostálgicos de su infancia, anhelos frustrados, dependencia económica de don Alejo, todo ello lo hace llevar una vida de sobresaltos. Asimismo, y a pesar de su afición al prostíbulo, Pancho detesta a las prostitutas y a la Japonesita. También detesta a la Manuela, pero lo prefiere a las prostitutas por la capacidad de éste para hacerle reír y sentir entusiasmo por la vida aunque sea momentáneamente. Entre las pocas cosas que Pancho ve positivamente está la admiración por su cuñado Octavio debido a la situación indepen-

diente de éste, y a su capacidad para enfrentarse a don Alejo. Esto último es sobre todo lo que conmueve a Pancho, pues él nunca sería capaz de enfrentar a don Alejo, por quien siente una mezcla de temor y admiración.

La visión de Pancho sobre el mundo de El Olivo es quizás más sencilla que la de la Manuela, pero debido a su relación con este personaje, su visión adquiere rasgos de ambigüedad: Pancho no tiene muy claro el hecho de la atracción que sobre él ejerce la Manuela. Esta posición ambigua es la que lo hace llegar al asesinato espontáneo de Manuela sin posibilidad de aclarar sus sentimientos con respecto a éste.

La visión ingenua de Pancho sobre don Alejo se ve superada en parte con ayuda de Octavio su cuñado, quien tiene más claridad sobre el dominio absoluto del latifundista en el pueblo. Cuando Pancho es capaz de comprender los designios de destrucción que don Alejo tiene sobre El Olivo, su visión negativa, su frustración y su soledad se ven agudizadas a tal punto que ya no puede divertirse con las mujeres del prostíbulo, y por ello busca algo extraordinario, algo peligroso para su imagen varonil pero capaz de conmoverlo en su angustia: la aceptación y exteriorización de sus sentimientos por la Manuela:

"No puede ser todo así tan triste, este pueblo que don Alejo va a echar abajo y que va a arar, rodeado de las viñas que van a tragárselo, y esta noche voy a tener que ir a dormir a mi casa con mi mujer y no quiero, quiero divertirme, esa loca de la Manuela que venga a salvarnos, tiene que ser posible algo que no sea esto, que venga". (pág. 123).

Desde el punto de vista de los personajes, hay una serie de otras visiones complementarias sobre el mundo de El Olivo. Entre éstas se destacan las visiones de la Japonesa Grande y don Céspedes, con respecto a don Alejandro Cruz. Predomina en estos personajes una actitud de admiración y hasta temor debido al poder de don Alejo. Esta situación se da también en otros personajes de la novela en relación con el terrateniente; pero en la Japonesa y don Céspedes es más explícito, más desarrollada.

La opinión de la Japonesa sobre don Alejo se funda en una especie de amistad, quizás armonía entre los dos, pero debido a la dependencia de ella con respecto de don Alejo, se torna una visión interesada económicamente: la Japonesa quiere surgir a la sombra del terrateniente y por eso ella logra convencer a la Manuela de que permanezca en El Olivo, porque "todo esto se va a ir para arriba". Esa buena relación de la Japonesa con don Alejo incide en la futura visión positiva que la Manuela y la Japonesita tendrán sobre el terrateniente.

La visión de don Céspedes es ingenua. Es la visión admirada del sirviente por el poder del señor, y también por las extravagancias de éste.

Asimismo hay una visión interesada del pueblo sobre

don Alejo, una visión que surge de la situación de dependencia en que están todos los personajes de El Olivo con respecto de don Alejo.

La única visión claramente negativa sobre el terrateniente la tiene Octavio, por el hecho de estar fuera de la influencia de don Alejo y por tener más información que los otros personajes.

La configuración del mundo novelesco en **El lugar sin límites** también recibe el aporte de un narrador externo, no estrictamente diferente de los personajes en su visión de la realidad, pues al igual que ellos ejercita una valoración negativa sobre los personajes y los objetos de ese medio degradado. A esa visión negativa sobre el prostíbulo, y sobre la Manuela, añade también su visión humorística de ciertos personajes y su visión irónica sobre otros. De este modo el papel del narrador básico viene a reforzar la visión grotesca que domina en la novela. El mundo de **El lugar sin límites** parece no ser tomado en serio ni aun por el narrador, a pesar de toda la miseria y la fealdad que se exhibe en ese medio social. Al igual que los hombres de El Olivo se ríen de la Manuela, así pareciera reírse el narrador de toda esa farsa que va desarrollando. Hay una visión humorística; pero en realidad se trata de un humor negro, pues en todo momento está presente el deterioro de todo: casa, personajes, objetos, el mismo pueblo. Con respecto del prostíbulo, el narrador dice lo siguiente:



"La casa se estaba sumiendo. Un día se dieron cuenta de que la tierra de la vereda ya no estaba al mismo nivel que el piso del salón sino que más alto, y la contuvieron con una tabla de canto sostenida por dos cuñas, pero no dio resultado. Con los años, quién sabe cómo y casi imperceptiblemente, la acera siguió subiendo de nivel mientras que el piso del salón, tal vez de tanto rociarlo y apisonarlo para que sirviera para el baile, siguió bajando. La tabla que pusieron jamás formó grada regular. Los tacos de los huasos que entraban dando trastabillones movían la tierra dejando un hueco sucio limitado por la tabla que se iba gastando, una hendidura que acumulaba fósforos quemados, envoltorios de menta, trocitos de hojas, astillas, hilachas, botones. Alrededor de las cuñas a veces brotaba pasto". (pág. 18).

Ese énfasis en el deterioro de los objetos se ve complementado con la descripción de algunos personajes, sobre todo de la Manuela, las prostitutas y don Céspedes. Sobre éste obsérvese la imagen que el narrador da: "Siguió a Octavio y encaramándose más alto que él en las gradas de los fardos, dejó colgando sus pies encogidos, oscuros, deformados por las cicatrices y la mugre, metidos en sus hojotas embarradas". (pág. 31).

Visión humorística, irónica, visión de deterioro y ambigüedad son los rasgos generales de la perspectiva del narrador básico. Hay una ambigüedad fundamental en el hecho de configurar al personaje central: la Manuela. La misma forma de actuar de este personaje, los sentimientos que genera en los otros, la forma misma en que es descrito, como mujer y como hombre indistintamente, todo eso es ambiguo. Pero este rasgo se ejerce más explícitamente al final de la novela, sobre todo en dos oportunidades. Una es la descripción del asesinato de la Manuela:

"No alcanzó a moverse antes que los hombres brotados de la zarzamora se abalanzaran sobre él como hambrientos. Octavio, o quizás fuera Pancho el primero, azotándolo con los puños. . . tal vez no fueran ellos sino otros hombres que penetraron la mora y lo encontraron y se lanzaron sobre él y lo patearon y le pegaron y lo retorcieron, jadeando sobre él, los cuerpos calientes retorciéndose sobre la Manuela. . .". (pág. 132).

La ambigüedad sobre quiénes mataron a la Manuela no es posible derivarla de los acontecimientos, pues la Manuela venía perseguido por Pancho y Octavio solamente, y la persecución se da en un lugar solitario, lo cual precisamente aterroriza más a la Manuela. La ambigüedad se postula como un cambio de identidad de los mismos personajes agresores, así como también sobre la naturaleza de la agresión: ¿posesión o violencia? Parece sugerirse un acto de sadismo.

El otro ejemplo explícito es con respecto a la Japonesita y a propósito de los perros de don Alejo que se oyen ladrar en la noche y don Céspedes comenta:

"—Están inquietos esta noche.

Es que hay luna, se dijo la Japonesita, o lo diría en voz alta, o tal vez don Céspedes inclinado sobre el brasero lo diría, o tal vez sólo lo pensara y ella lo sintió". (pág. 136).

EL ESPACIO

En *El lugar sin límites*, a diferencia de las novelas anteriores de Donoso, predomina el espacio abierto: la viña inabarcable, las calles del pueblo, la línea del ferrocarril y la carretera longitudinal, que contribuyen a prolongar ese espacio abierto. No obstante, lo anterior, el espacio no es un paisaje agradable, sino más bien opresivo, porque al rodear al pueblo lo aísla y lo torna solitario. La monotonía de la extensión exacerba la monotonía de la vida de los personajes y produce el aburrimiento que se hace tan notorio en la Estación El Olivo. Asimismo, lo que hace el paisaje ilimitado lo refuerza el deterioro y el abandono en que se encuentra el mismo pueblo. Ese deterioro predomina en el prostíbulo también, e incluye a los personajes que están dentro. La Manuela es quien más agudamente lo siente; pero también Pancho Vega y la Japonesita.

No se presenta el deterioro de las grandes casas de la oligarquía, como se daba en las novelas anteriores, pero al igual que en éstas, en *El lugar sin límites* predomina un espacio en que algo acaba, se concluye. En este caso lo que está terminando es el pueblo mismo y con él una época que surgió al calor de las ilusiones de don Alejo. Este también acaba. Le sobrevivirá el espacio de sus viñas, como una prueba irrefutable de la pequeñez de los hombres, incluso de los hombres grandes, por poderosos y ricos que sean.

Con la desaparición del pueblo se destruye su pequeña historia, llena de ilusiones y de amarguras, de sueños de triunfo y momentos de frustración. El espacio ilimitado amenaza con borrar todo y ocupar el primer lugar, el único lugar, que en realidad siempre tuvo a lo largo del relato. ¿No es cierto que esa vuelta de El Olivo a la tierra es idéntica a la vuelta de la Casa de Ejercicios Espirituales al suelo del cual se levantó y quiso diferenciarse, tal como se plasma en *El Obsceno pájaro de la noche*?

El horror de acabar, que en *Coronación* y *Este domingo* era un horror personal (centrado alrededor de Andrés y Alvaro Vives), se convierte en horror por el fin de una estirpe en *El Obsceno*, y ya en *El lugar sin límites* es todo el pueblo el que está próximo a concluir. Entonces, el horror a la muerte sigue presente en las obras de Donoso, sólo que va adquiriendo cada vez una dimensión mayor, de carácter colectivo.

OBSERVACIONES FINALES

El lugar sin límites no participa de la línea evolutiva que se instaura en *Este Domingo* y *El Obsceno pájaro de la noche*, en lo que a técnicas narrativas se refiere. Donoso ha dicho que para escribir *El lugar sin límites* desgajó una pági-

na de **El Obsceno** y elaboró aquella novela. En efecto, a nivel de detalles hay una serie de aspectos que muestran un parecido en las dos obras. Por ejemplo, la escena de los cuatro perros de don Alejo, cuando devoran las piltrafas sangui-nolentas que un peón les tira, es casi idéntica a la escena en que los perros de Jerónimo de Azcoytía devoran su comida. Asimismo se sugiere una semejanza entre don Céspedes, el peón de don Alejo que se perdía en las bodegas-del fundo, y el Mudito, cuando se ocultaba en la casa de ejercicios. También se parece la Ludovinia a las viejas de la casa, pues aqué-lla, según la Manuela: "Ni siquiera se acordaba de qué cosas tenía guardadas en la multitud de cajas, paquetes, atados, rollos que escondía en sus cajones o debajo del catre o en los rincones, cubriéndose de polvo detrás del peinador, metidos entre el ropero y el muro". (pág. 22).

¿No es similar esta manía a la de las viejas asiladas, de guardar todo y hacer envoltorios?

Los rasgos físicos de don Alejo también son semejan-tes a los de Jerónimo de Azcoytía.

Estas semejanzas no le añaden ni le quitan valor a **El lugar sin límites**; son pruebas, quizás, de lo evidente: Donoso escribió esta novela mientras elaboraba **El obsceno pájaro de la noche**. Algunos aspectos podrían calzar perfectamente en una o en otra ¹².

Quizá sea más importante recordar que se trata de una búsqueda en otro sentido, en otra región de la existen-

cia. El tema del homosexualismo no es un tema frecuente en Donoso. El tema rural tampoco. Pero puestos a funcionar en conjunto producen algo a lo que no se le puede negar la originalidad, tanto como la capacidad de echar luz sobre diversas regiones de la personalidad humana.

El lugar sin límites es otra cosa, en relación con las novelas anteriores. Su temática se aparta de esas otras nove-las, y en cuanto a las técnicas narrativas, **El lugar sin límites** no cae ya dentro de la indagación que Donoso se había pro-puesto en ellas. **El Obsceno pájaro de la noche** constituye algo así como el summum de esa indagación formal. Por eso en **El lugar sin límites** el desarrollo de los acontecimientos es relativamente sencillo; las instancias narrativas son varia-das pero fáciles de establecer; no hay juegos temporales ni se presenta la metaficción explícitamente. Y en la línea de la literatura como juego, que Donoso inicia en **Este Domingo**, y desarrolla exhaustivamente en **El Obsceno**, no hay se-ñales en **El lugar sin límites**.

El parentesco entre esta novela y las otras, aparte de los detalles señalados, habrá que buscarlo al nivel de la inda-gación existencial común a toda novela donosiana, a la frustra-ción tan profunda de las relaciones de todo tipo entre las personas (amorosas, sociales) y entre éstas y el mundo cir-cundante. En el pensamiento predominante, que no deja ninguna salida a los personajes, a no ser la muerte y el olvi-do. En todo eso sí se parecen esas novelas y se parecen mu-cho, a pesar de lo que pueda separarlas en la formulación particular de esas problemáticas.

NOTAS

1. José Donoso. **El lugar sin límites**. Seix Barral, Barcelona, 1981. Pág. 20. En adelante solamente se indicará la página entre paréntesis en las referencias a esta novela.
2. Fernando Moreno Turner. "La inversión como norma. A propósito de **El lugar sin límites**". En José Promis Ojeda y otros. **Donoso. La destrucción de un mundo**. Edit. Fernando García Cabeiro. Buenos Aires, 1975. Pág. 91.
3. Hernán Vidal. **José Donoso: Surrealismo y rebelión de los ins-tintos**. Ediciones Aubí. Barcelona, 1972. Pág. 123.
4. **Idem**. Pág. 83.
5. Nelly Martínez. **José Donoso: a short study of his works**. Books Abroad. N. 49, University of Oklahoma Press, 1975. Oklahoma, U.S. Pág. 252.
6. Severo Sarduy. **Escrito sobre un cuerpo**. Editorial Sudameri-cana. Buenos Aires, 1969. Pág. 45.
7. Hernán Vidal. **Ob. Cit.**
8. Nelly Martínez se refiere a la actividad destructiva de Dios como una constante en los relatos de Donoso: don Alejo (Dios) crea El Olivo para destruirlo, frustrando a sus habitan-tes. (Véase Nelly Martínez. **Ob. Cit.** Pág. 251).
9. Para Moreno Turner, don Alejandro Cruz es una parodia de Dios, dueño y creador, pero destructor también. El parecido realza el contraste: perros diabólicos, con nombre musulmán, entran a la misa. La fiesta en su honor es una orgía en un prostíbulo. (Véase Moreno Turner. **Ob. Cit.** Págs. 92-93).
10. **Idem**. Pág. 97.
11. Moreno Turner. **Ob. Cit.** Pág. 97.
12. Donoso incluso ha dicho que el caballero de un pueblo lejano que visita el burdel en **El lugar sin límites** es Boy, cuando es-ca-pa por unos días de la Rinconada. (Véase Ronald Christ: "An interview with José Donoso"), en **Partisan Review**. Vol. XLIX. No. 1. Boston University, Na., U.S. Pág. 23.